

Vínculos que atan – vínculos que liberan¹

Por Robert Stolorow, Bernard Brandchaft y George Atwood

El trabajo pionero de Margaret Mahler destacó la significación central del proceso de diferenciación del self durante el desarrollo –el sentimiento en evolución de existir para uno mismo como ser humano separado y distinguible con una vida afectiva única y una presencia individual de valores y metas personales. Escribió: “Como cualquier proceso intrapsíquico, también éste traspasa todo el ciclo vital. Nunca se termina, siempre se mantiene activo; en nuevas fases del ciclo vital, nuevos derivados de los procesos más tempranos siguen manifestando efectos” (Mahler, Pine & Bergmann, 1975, p. 13). En su esquema formal del desarrollo, sin embargo, la fase de separación-individuación comienza ya a la edad de cuatro o cinco meses. Surge a partir de la matriz de la “fase simbiótica” indiferenciada; algunos pasajes del trabajo de Mahler también indican hacia el hecho de que procesos de diferenciación del self ya tienen lugar durante el nacimiento (véase también Stern, 1985). Las observaciones de Mahler apoyan la idea de que, más allá de este desarrollo, una continua tendencia intensiva hacia un proyecto del self organiza el proceso evolutivo dinámicamente.

Mahler también ha distinguido los estados afectivos específicos que tiñen el proceso de diferenciación del self, como también aquellos que son el resultado de sus descarrilamientos. El estado de ánimo dominante que acompaña la diferenciación del self está marcado por sentimientos claramente exaltados y se manifiesta,

además, en un sentimiento por así decirlo delirante pero adecuado a la edad de grandeza, omnipotencia y triunfo. Este estado de ánimo del niño pequeño –en el punto culminante de su dominio de muchas funciones autónomas, cuyo paradigma es la locomoción– tuvo que ceder por necesidad a un enjuiciamiento más realista de su pequeñez en comparación con el mundo exterior. (Mahler, Pine & Bergmann, 1975, p. 266)

Cuando el niño pequeño experimenta su relativo desamparo, su “sentimiento inflado de omnipotencia” estalla y el niño se ve obligado a reconocer que es pequeño e impotente y que, debido a su condición de

¹ Capítulo 4 de *Psychoanalytische Behandlung: Ein intersubjektiver Ansatz* (1987, Frankfurt am Main: Fischer), escrito por Robert Stolorow, Bernard Brandchaft y George Atwood. Traducción por Ps. André Sassenfeld J.

estar separado, tiene que vérselas con fuerzas aplastantes. Así, el estado de ánimo predominante se desplaza hacia más modestia e, incluso, hacia una depresión temporal. En base a estas observaciones, uno puede concluir que los sentimientos elevados aumentan cuando se favorecen los procesos de diferenciación del self, mientras que la depresión aparece en un primer plano cuando tales procesos son obstaculizados.

La formulación de Kohut (1984) respecto del papel de las funciones tipo selfobjeto en el proceso de desarrollo lo condujo a una visión del desarrollo psíquico que se diferencia estrictamente de la de Mahler. En especial, se opuso a la afirmación de que la separación es la meta más elevada del crecimiento y, más bien, la visualizó como señal de un desarrollo fallido. Como alternativa, propuso una necesidad de experiencias de tipo selfobjeto que dura toda la vida y un desarrollo de relaciones continuas de tipo selfobjeto que cambian hacia la madurez:

La psicología del self considera que las relaciones de tipo self-selfobjeto conforman la esencia de la vida psicológica desde el nacimiento hasta la muerte, que un paso de la dependencia (simbiosis) a la independencia (autonomía) en la esfera psicológica es tanto imposible como indeseable, al igual que un avance correspondiente desde una vida que depende del oxígeno hacia una vida que no depende de él en la esfera biológica. Los desarrollos que caracterizan la vida psicológica normal, siguiendo nuestra opinión, tienen que ser visualizados en la naturaleza cambiante de las relaciones entre el self y sus selfobjetos y no en que el self renuncia a los selfobjetos. (Kohut, 1984, p. 79)

En este [artículo], queremos ofrecer una solución respecto de la aparente contradicción teórica entre la teoría de la separación-individuación y el concepto de las relaciones de tipo selfobjeto que se transforman a lo largo de toda la vida y queremos subrayar que, durante todo el ciclo vital, son fundamentalmente necesarias experiencias específicas de tipo selfobjeto que se desarrollan hacia la madurez para posibilitar, consolidar, ampliar y sostener el crecimiento de un self individual. Los avances evolutivos se interrumpen cuando las imprescindibles experiencias de tipo selfobjeto faltan o son disparejas. Suponemos que el proceso de diferenciación del self, como también sus contrariedades, siempre transcurren al interior de un sistema o contexto intersubjetivo específico.

Una pregunta clave del interés psicoanalítico actual se refiere al vínculo entre los déficit del desarrollo y la formación de conflictos psíquicos. Mahler reconoció la importancia de la madre, la cual "[aporta a] la formación de la personalidad, al fomento o al estorbo de la capacidad infantil de adaptación" (Mahler, Pine & Bergmann, 1975, p. 253), y especificó la contribución de la estructura de personalidad de la madre, de sus funciones parentales y, en particular, de sus expectativas inconscientes respecto del niño. No obstante, Mahler describió los

conflictos que acompañan el proceso de diferenciación del self en términos exclusivamente intrapsíquicos:

Este es el conflicto: por un lado, el niño se siente impotente debido a la percepción de su condición de estar separado y, por otro lado, defiende de modo valiente aquello que valora altamente como inicio de la independencia de su cuerpo. En su lucha por la individuación y en la con ella ligada rabia respecto de su desamparo, el niño intenta volver a inflar su sentimiento de sí mismo con la finalidad de acercarse a la por siempre perdida ilusión de omnipotencia del periodo de ejercicio. (Mahler, Pine & Bergmann, 1975, p. 277)

El conflicto que nosotros visualizamos como central para el proceso de la diferenciación del self y para el despertar del self individual no es aquel descrito por Mahler. El prolongado sentimiento de desamparo del niño pequeño que está presente cuando éste experimenta su condición de estar separado, de acuerdo a nuestra perspectiva, indicaría una carencia de importantes funciones de cuidado. A éstas pertenecen, necesariamente, no sólo la sintonía y la participación en relación al entusiasmo y a la alegría despreocupada respecto del despertar de su singularidad, sino también la empatía y la disposición a recibir en relación a sus decepciones respecto de las limitaciones y los fracasos ligados con la confianza creciente en sus capacidades de crecimiento y su éxito final. Cuando una sintonía y reacciones empáticas de este tipo acompañan las diversas facetas del proceso infantil de diferenciación, el despliegue inmoderado se regula gradualmente y el niño desarrolla una sensación de confianza en relación a la búsqueda activa de la realización de sus metas individuales.

Cuando, por medio de la empatía del entorno que se preocupa del niño, se ha desarrollado un sentido del self estable y de tonalidad positiva, el niño ya no se ve *fundamentalmente* amenazado por las limitaciones que, de manera inevitable, experimenta en sí mismo y en su entorno. En estas circunstancias, la vivencia de limitaciones es capaz de movilizar la resolución, flexibilidad y fuerza creativa del niño. Sin embargo, cuando las necesitadas experiencias de tipo selfobjeto no son vivenciadas, el sentido infantil del self oscilará entre fantasías grandiosas exaltadas y sentimientos dolorosos de pequeñez y vacío que traen consigo el solitario esfuerzo por sanación tan bien descrito por Mahler. Un niño de estas características permanece reconocible en el paciente adulto, cuyo sentido de sí mismo se ve amenazado por cada limitación o rechazo y que, por lo tanto, tiene que rehusar oportunidades una y otra vez con la finalidad de evitar el deslizarse en cavilaciones angustiosas que giran en torno a lo que no es o no es capaz de hacer.

Las descripciones de las inhibiciones durante el proceso de diferenciación del self realizadas por Mahler a menudo acentúan

especialmente la agresión conflictiva que se supone es movilizadora, de manera inevitable, por la percatación de la condición de estar separado:

A lo largo de todo el transcurso del desprendimiento y la individuación, una de las tareas evolutivas más importantes del yo que se despliega consiste en manejar la pulsión de agresión en vistas de la creciente consciencia de la condición de estar separado. En qué medida esto resulta depende de la fuerza del yo primitivo. (Mahler, Pine & Bergmann, 1975, p. 281)

Descripciones de este tipo descuidan el contexto intersubjetivo en el cual se atraviesan estas experiencias. Por ejemplo, la unicidad exaltada que aparece dentro de un vínculo intacto de tipo selfobjeto como experiencia emergente y compartida con otros, en contraste con la separación solitaria y aislada en la cual el niño anticipa, en un doloroso incremento de sus propias percepciones, la pérdida de un vínculo vitalmente necesario.

El camino hacia el self individual comprende áreas de experiencia sensoriales, afectivas y cognitivas diferenciadas y adquisiciones del desarrollo como los límites del self y los límites objetales, la intencionalidad, el sentimiento de la capacidad personal de actuar y de acciones intencionales, que buscan alcanzar las metas de una individualidad creciente. Una fuente primaria de conflicto es la colisión de estados afectivos que tienen su origen en los necesarios procesos de diferenciación del self durante el desarrollo con estados afectivos igualmente indispensables para la mantención de vínculos vitales que se oponen a tal diferenciación.

Cuando pacientes cuyas tendencias hacia un self diferenciado han sido inhibidas comienzan un análisis, buscan un ambiente seguro en el cual puedan aparecer aquellos conflictos que han inhibido, desplazado o frustrado su desarrollo. El compromiso del analista con una postura persistente de búsqueda empática es un elemento imprescindible de un ambiente de ese tipo. Particularmente importantes son aquellas comprensiones que se obtienen por medio de la observación exacta de cómo el paciente percibe al analista y de cómo el analista influencia el sentido del self del paciente –de qué manera el paciente experimenta el vínculo en desarrollo con el analista, como liberador o restrictor en relación a sus esfuerzos por un proyecto del self. Una investigación psicoanalítica de este tipo le permite al paciente dar forma a una relación terapéutica en la cual puede trabajar paso por paso para ganar acceso a aquellas regiones de su experiencia de sí mismo que fueron reprimidas y negadas y que, con ello, se retrotrajeron a su forma arcaica.

La reanudación de procesos abandonados de diferenciación puede hacerse notar de muchas maneras y puede asumir un gran número de formas, por ejemplo un cambio del aspecto externo o una reflexión acerca de intereses nuevos o acerca de un nuevo descubrimiento. Habitualmente, la reanudación se produce en una forma en relación a la cual es decisivo

que el analista sea capaz de manejar resistencias. En un pasaje especialmente impresionante, Kohut (1984) escribe:

En el análisis, la motivación de la defensa es entendida en términos de actividades que son llevadas a cabo al servicio de la *supervivencia psicológica*, esto es, como intento del paciente de rescatar al menos aquel sector de su self nuclear, con independencia de lo pequeño y frágil que pueda ser, que pudo formar a pesar de severas deficiencias en la matriz de los selfobjetos que promueve el desarrollo. (p. 171, cursiva nuestra)

Este concepto de la resistencia es de inestimable valor en el análisis de conflictos relacionados con la diferenciación del self cuando hacen aparición en la transferencia analítica. A menudo encontramos en las manifestaciones de las "resistencias" de un paciente una señal clara de sus esfuerzos bloqueados por delimitarse a sí mismo, esfuerzos que son reactivados en la situación analítica. Cuando uno ha entendido con claridad que tales resistencias de ninguna manera se oponen al proceso analítico, sino que representan esfuerzos del paciente por proteger la organización de su experiencia de sí mismo frente a abusos y usurpación, entonces será de significación decisiva, visto desde la perspectiva del paciente, el hecho de explorar tan profundamente como sea posible de qué modo el analista pudo encarnar una amenaza de tales características para el self del paciente. Estas informaciones sólo se pueden obtener en la medida en la que el paciente cree en la disposición del analista a recibirlas.

A las situaciones patógenas tempranas más dañinas pertenecen aquellas en las cuales los intentos del niño por comunicar una experiencia de haber sido herido o dañado psíquicamente por parte de los padres conducen a un quiebre más sostenido del vínculo necesario en términos de supervivencia. Cuando al niño se le impide de manera continua la comunicación de vivencias de este tipo y cuando, con ello, siente que es una molestia para el cuidador o que no es bienvenido, se constituye una distancia profunda en la relación al tiempo que se desarrolla un conflicto interno doloroso que cristaliza como estructura. Este proceso patógeno se repite en el análisis cuando comunicaciones cruciales acerca del significado del analista son interpretadas como si fueran un reflejo de mecanismos intrapsíquicos malignos en el paciente, como escisión, proyección o devaluación agresiva. El analista tiene ideas como éstas habitualmente cuando su propio bienestar se ve amenazado por las declaraciones del paciente. En estas circunstancias, las interpretaciones de resistencia sirven, en primera línea, para restablecer el sentido del self del analista. Cuando reacciones de este tipo no son corregidas, se fortalecen las cadenas del paciente que éste precisamente intenta quitarse. Para el analista, la mejor forma de avanzar en tales situaciones de posible

detención es que realice la exploración con una postura empática persistente y que consienta en explorar con detalle aquellos elementos de sus actividades frente a los cuales el paciente reacciona de manera selectiva y que, posiblemente, él mismo no ha advertido. Así, se pueden llevar a cabo la investigación de los *significados* específicos que tienen las actividades del analista para el paciente y la reconstrucción de la forma en la cual esos significados se han desarrollado. La articulación exacta y continua de cómo el paciente experimenta en términos afectivos al analista crea un contexto intersubjetivo en el cual el proceso estancado de la diferenciación del self puede reanudarse.

Suponemos que el descarrilamiento de los procesos de diferenciación del self se produce en una situación intersubjetiva, en la cual estados afectivos esenciales que están enlazados con el desarrollo del self individual no reciben respuesta o son rechazados activamente de modo continuo. Con ello, a la larga se colocan los fundamentos de un conflicto psíquico duradero entre el requisito de que el propio proceso evolutivo tiene que coincidir con las necesidades emocionales de los padres y la necesidad interna de que este proceso tiene que estar firmemente enraizado en su propio centro afectivo vitalizante. Este conflicto fundamental puede tener diferentes consecuencias: por un lado, una vida caracterizada por una discrepancia continua y angustiosa, desgarrada entre anhelos interiores y vínculos necesitados que parecen ser incompatibles. Esta es una vida en una dolorosa indecisión y en un estado de no estar vinculado. El niño también puede intentar preservar y proteger su núcleo de vitalidad individual a costo de relaciones objetales al mostrar un comportamiento enérgico de rechazo y rebelión. Esta sería una vida en aislamiento y alienación. Como alternativa, el niño puede renunciar a tendencias afectivas centrales con tal de conservar vínculos imprescindibles. Esta sería una vida en subordinación y depresión crónica.

En una contribución anterior (Brandchaft, 1986), presentamos material clínico que graficó los orígenes, determinados por el desarrollo, de un patrón conductual de subordinación y depresión –un vínculo que ata al ser humano. También fue discutida la forma de la transferencia que se desplegó, que finalmente permitió un liberador nuevo ajuste de la vida. Ahora, presentamos un ejemplo de un descarrilamiento que puede producirse cuando se escoge otro camino, la rebelión, con la finalidad de proteger un self sólo inestablemente diferenciado.

Caso clínico

Martin es un hombre joven comprometido y apuesto que ya ha estado en psicoanálisis algunas veces. Inició el tratamiento con un número de quejas, incluyendo una hipocondría virulenta, una vulnerabilidad difusa, una

inclinación a arranques de ira, como también una vida matrimonial e interpersonal marcada por insatisfacción y peleas. Aún cuando le tenía mucho afecto a su trabajo y sus hijos, disfrutaba poco de la vida y la dificultad para ponerse límites a sí mismo lo mantenía en una sobreexigencia continua.

Pronto después del comienzo del tratamiento, apareció una conducta llamativa que señalizaba la participación de un proceso arcaico de diferenciación en la transferencia. Martin empezó a llegar tarde a sus sesiones con regularidad. El atraso variaba entre los 10 y los 30 o más minutos. No pocas veces no aparecía a las sesiones. También empezó a pagar las cuentas cada vez más tarde. En ocasiones, todo intento de indagar en su conducta sólo servía para que pagara las cuentas, pero al mismo tiempo evocaba una reacción que le aclaró al analista forzosamente que no era posible impulsar o compeler a Martin a hacer alguna cosa para complacer al analista o para consentir en las necesidades del analista. Cuando el analista formulaba cualquier expectativa respecto de Martin, esto provocaba automáticamente una respuesta negativa. Martin respondía a las expectativas de modo regular con un distanciamiento y con el recurrir a acciones que reforzaban los límites percibidos como amenazados. Los atrasos y las omisiones en relación a las sesiones, que se prolongaban por periodos de hasta seis semanas, se mantuvieron a lo largo de varios años.

Ya en el principio del análisis, Martin experimentó la aparición de intensas necesidades arcaicas de tipo selfobjeto. A menudo fueron planteadas de manera exigente y agresiva, lo que tenía un efecto aplastante en el analista, y cuando el analista no respondía a ellas, Martin reaccionaba con una desilusión aguda. En una oportunidad, el analista dejó su oficina después de que Martin no se había aparecido durante los primeros 35 minutos de la sesión y, cuando volvió, se encontró con Martin enrabiado porque había tenido que esperar. Martin había querido destrozar la puerta que separaba la sala de espera y la sala de atención. Más tarde quedó claro que, siendo niño, había sido asediado por temores inimaginables cuando estaba acostado solo en su cama. Entonces, había ido al dormitorio de sus padres para que lo consolaran. Pero ellos, al parecer, se habían sentido molestados y habían calificado su comportamiento como deseo excesivo de atención. Debido a la preocupación de que, más tarde, podría querer que siempre se haga su voluntad, los padres habían cerrado la puerta con llave para corregirlo de ese modo.

En otra oportunidad, Martin entró 15 o 20 minutos tarde por una puerta abierta y encontró al analista hablando por teléfono. Estaba fuera de sí porque el tiempo que reclamaba como suyo le tocaba en suerte a un otro sin que se le preguntara, e insistía en la legitimidad de su punto de vista. Más adelante, el significado de esta exigencia como precondition

para el establecimiento de un vínculo fuerte se hizo comprensible. Resultó que, en el contexto temprano a partir del cual la intensa arbitrariedad de Martin había sido establecida, sus padres creían –y le exigían a él que creyera– que todo lo valioso que Martin tenía provenía de ellos, que podía ser dado, retirado y vuelto a dar por parte de ellos, tal como a ellos les parecía correcto en cada momento. Como reacción a esta exigencia, Martin escogió el camino de la rebeldía crónica.

Los mayores problemas que el analista que trató el caso enfrentó se referían a la elección de sus propias reacciones y los efectos de estas reacciones sobre Martin. Esto era especialmente trabajoso debido a que Martin tenía una habilidad perceptiva de una agudeza poco común, en particular respecto de reacciones contradictorias, malas o poco afinadas, y se expresaba de modo desacostumbradamente directo y enérgico. Estas particularidades se encontraban en un primer plano especialmente en la fase temprana del análisis, cuando Martin estaba muy vigilante y alerta con la finalidad de protegerse de la amenaza primaria que un compromiso creciente representaba para él. De acuerdo a su firme convicción, el precio de una relación armónica con el analista era su sumisión, el abuso de confianza por parte del analista y la renuncia a sus propias tendencias hacia la individualidad.

Amenazas como ésta le habían exigido limitar, controlar o retirarse de relaciones anteriores. Esta solución había dejado en él un sentimiento de alienación y soledad, había llenado cada éxito con una oquedad insoportable y cada victoria con un creciente sentimiento de frío aislamiento.

Un episodio decisivo había contribuido mucho a que el analista reconociera sus propias reacciones y fuera capaz de distanciarse de sí mismo para sintonizarse cada vez más con las vivencias de Martin. Un día Martin entró despacio a la sesión, excepcionalmente tarde, después de que se había explayado mucho sobre la falta de sensibilidad y la ausencia de consideración por parte del analista en la sesión pasada. Tales menosprecios a menudo habían provocado en el analista un genuino sentimiento de admiración por las percepciones imperturbables e intachables de Martin y por su expresión rectilínea. En el día mencionado, sin embargo, el analista se sentía irritado y explotado por las quejas de Martin respecto del día anterior y por sus atrasos. Antes de que el paciente pudiera comenzar a hablar, el analista le preguntó si acaso no era consciente de cuán desconsiderado era dejarlo esperar continuamente tanto tiempo cuando él, Martin, odiaba tanto encontrarse en una situación de ese tipo. Martin se enderezó, miró al analista de modo directo y opinó tranquilamente:

“Escuche, si usted me pregunta si acaso me importa llegar tarde, la respuesta es sí. Y si usted piensa que soy un estúpido, dígamelo y no

pretenda que lo que hace forma parte del análisis. Siempre he vivido con personas que pensaban que yo era un estúpido y que, a continuación, ¡explicaban que esto no era así y que todo era en función de mis mejores intereses! Lo que yo no entiendo y lo que no me gusta de usted no es que esté enfadado, sino que busca excusas. Usted puede exigir que yo llegue puntualmente para que usted no pierda la conexión e yo lo intentaré. Si no lo puedo hacer, que es lo que yo supongo, entonces terminamos. Pero no tiene ninguna importancia si yo llego tarde o no: en lo fundamental, ¡nada cambiaría en mí!”

Detrás de las exigencias interminables y en escalada de Martin, el analista reconoció paso por paso un exceso de anhelos no satisfechos. No era necesario que fueran satisfechos, pero era decisivo que fueran enfrentados con aceptación, respeto y esfuerzo por comprensión, con independencia de cuán provocativamente eran expuestos. Martin tenía ataques explosivos de ira –uno de los resultados del hecho de que había vuelto a intentar una y otra vez ilustrar sus necesidades y su vivencia de padres inalcanzables. Como secuela de su anticipación automática de que conflicto y sumisión serían las consecuencias inevitables, negaba de modo masivo sus anhelos de contacto con otros. Esta anticipación seguía dando forma a la intensidad y dirección de sus deseos y reacciones.

Mientras Martin no podía experimentar al analista como alguien que aceptaba sus atrasos y sus omisiones, su comportamiento no se dejaba analizar. Martin estaba excelentemente sintonizado respecto de cada irritación, tosquedad o insatisfacción en relación a sí mismo y respecto de cada intento de seducirlo u obligarlo a adaptarse a las exigencias psíquicas o prácticas del analista. Frente a cada una de las sintonizaciones desacertadas respecto del estado subjetivo de Martin y respecto de la legitimidad de su motivación, Martin reaccionaba con rabia o con una intensificación de su comportamiento de escape, a veces acompañada de otras acciones que pretendían restaurar el sentimiento de estar delimitado. Su sensibilidad respecto de los estados afectivos del analista, en la medida en la que se encontraban en contradicción con el contenido de sus palabras, era especialmente llamativa. Las interpretaciones que Martin experimentaba como particularmente desagradables eran aquellas en las cuales él apreciaba una defensa por parte del analista o un intento de negar que Martin percibía el estado de ánimo distanciado del analista. En estos casos, Martin desarrollaba síntomas extravagantes que concretizaban el sentimiento del paciente de que su sentido del self estaba siendo atacado. A estos síntomas pertenecían temores hipocondríacos severos y aprensiones casi paranoides respecto de asesinos, ladrones y otros peligros exteriores.

Debido a su creciente comprensión del proceso evolutivo que el paciente buscaba revivir y debido a su propio rol indeleble en este proceso, el analista pudo distanciarse de sus reacciones en relación a los

atrasos y las omisiones de Martin. El analista tenía que aceptar sobre todo el sentimiento de Martin de que, para él, era más importante fortalecer los límites de su self por medio del alejamiento cuando sentía que estaban amenazadas, que soportar el miedo respecto de que el analista pudiera estar insatisfecho con él y echarlo para fuera. El significado de los atrasos de Martin podía ser discutido a posteriori, en términos de que era más factible generar cambios a través de una auténtica transformación que por medio del hecho de estar adaptado.

Acciones similares a menudo son visualizadas como "actuaciones" por parte de los analistas, que pueden ser retrotraídas a un miedo a embarcarse en el proceso analítico, a hostilidad y desprecio respecto del analista, a actitudes patológicas de exigencia y a una serie de otras reacciones que derivan de proyecciones o desplazamientos de imagos parentales arcaicas. Los analistas se inclinan por estas interpretaciones cuando el comportamiento del paciente representa una amenaza para su propio sentido del self. Bajo este tipo de presión, el analista se inclina hacia el deseo de dar término al comportamiento del paciente que, si no es entendido desde la perspectiva del paciente, es considerado de manera equivocada como algo dañino para el paciente y el proceso analítico. El paciente probablemente experimenta tales reacciones del analista como parte de un vínculo que lo ata, ya que le superponen una organización vivencial que le es ajena y que proviene desde afuera, de modo que el proceso de diferenciación del self se descarrila y al paciente se le priva de una matriz apoyadora.

Deseamos señalar hacia un hallazgo que demostró ser inequívoco en el transcurso del análisis de Martin. Incluso en aquellos casos en los cuales sus atrasos podían ser referidos, en definitiva, a sintonizaciones desacertadas vivenciadas en la sesión antecedente, no eran ni omisiones, ni atrasos u otras reacciones anteriores por parte de Martin lo que conducía a quiebres serios. Más bien, siempre era una omisión *consecutiva* del analista a la hora de sintonizarse con el ánimo disfórico de Martin y de apreciar el efecto de sintonizaciones desacertadas previas sobre el sentido del self y las esperanzas de Martin lo que llevaba a una clara agudización de su vigilancia, de sus conductas evitativas y de su sentimiento de constante desesperación.

El significado subjetivo de los atrasos de Martin pudo ser mejor entendido cuando se prestó una atención más cuidadosa al contexto intersubjetivo. Un aspecto se refería al estado de ánimo de Martin cuando intentaba levantarse en la mañana para acudir donde el analista. Su despertador sonaba, pero él no podía reaccionar. Describió su estado psíquico como una turbación nebulosa y sin forma que él no era capaz de iluminar. Los párpados de sus ojos estaban pesados como plomo. A veces, se arrastraba a la ducha y abría la llave del agua, alternadamente caliente y frío, pero no experimentaba una sensación de coherencia, no

tenía la idea de una meta y, sobre todo, no tenía una noción del tiempo. Lo que le parecían cinco minutos podía resultar ser treinta. Los primeros pensamientos que tenía volvían de modo mecánico y le eran conocidos. ¡Una vez más las había “embarrado”! ¡Una vez más llegaría tarde! Entonces, el analista aparecía en sus pensamientos como una persona más a la que había defraudado. El analista, con sus maneras estoicas, no diría nada, pero Martin reconocería en su forma seria y estereotipada de saludar, en su cansancio, en las cejas elevadas y en las comisuras caídas de los labios que se lamentaba resignadamente por el hecho de tenerlo como paciente. Quedó claro que Martin, en un inicio, quería llegar de modo puntual a la sesión, pero que era incapaz de llevar cabo esa intención sin la comprensión analítica. Lo que se lo impedía era la agotadora presión que se encontraba sobre su sentido del self y que se originaba en las dificultades especiales que enfrentaba una y otra vez, como también su percepción de que la confianza que el analista le tenía era trastornada por sus fracasos. El devastador efecto de cada limitación, de cada rechazo o de cada fracaso sobre la autodefinición basal de Martin resultó ser una área primaria del descarrilamiento evolutivo que había marcado su vida.

Cuando niño, Martin había tenido grandes problemas para levantarse y para prepararse para el colegio. Sus padres tenían que llamarle la atención continuamente y, mientras más lo atosigaban y castigaban, más se aferraba a su almohada, que no le exigía nada y que podía tratar como quería. Los padres de Martin lo habían elegido, como primer hijo, para proporcionarle dignidad y brillo a la familia. Debía conseguir la consideración y admiración que ellos mismos no habían podido alcanzar. Así, la extraña conducta de su hijo les parecía completamente incomprensible y preocupante. No podían entender cómo podía tener miedo de acostarse o de ir al colegio o que le temiera tanto a las ridiculizaciones y crueldades de los otros niños. El miedo a los supuestos héroes del colegio era, para ellos, una “excusa” de su debilidad y una profunda humillación y un símbolo de sus propios fracasos. Cuando su comportamiento perduró, le decían que era un niño afeminado que no llegaría a nada, un niño que era una vergüenza para su padre, un hombre que trabajaba duro sin quejarse y que se levantaba temprano cada mañana. Los padres de Martin creían que él no tendría problemas para levantarse en la mañana si tan sólo se acostaba a la hora y se alimentaba correctamente. No eran capaces de entender que deseaba quedarse despierto un poco más antes de que sobrevinieran los terrores de la soledad y de la marginación. No podían entender que, para Martin, el estar solo era más que tan sólo estar solo. Era soledad con los pensamientos acerca de sí mismo que había acumulado durante el día y que se hacían más fuertes antes de entrar en su habitación –solo con todas aquellas cosas terribles que había dicho y hecho y con todas

aquellas cosas buenas que no había sido capaz de hacer. Sus padres no eran capaces de comprender que la amenaza activada por sus continuas denigraciones se concretizaba en un miedo angustioso de asesinos, secuestradores y fantasmas terribles. En vez de ello, contaban historias sentimentales acerca de cómo el pequeño Martin, cuando había tenido un año, se había elevado por los garrotes de su camita, se había salido de la cama y se había sentado en la parte superior de la escalera y que habían tenido que agrandar su camita en medio metro para que él no pudiera salirse de ella.

Una segunda característica de la inclinación de Martin al atraso apareció. Tenía toda su existencia: la necesidad absoluta de controlar su propio mundo y su propia dirección vital. Su necesidad de no consentir en los deseos de nadie se había inflado como el único medio posible de establecer los límites de su self y de protegerlo contra la desorganización y el daño continuos.

En sus recuerdos, la madre de Martin era una mujer bonita que nunca había querido casarse y que, sin darse cuenta de lo que había ocurrido, se había encontrado con cuatro niños que gritaban y se peleaban y que la molestaban continuamente. Martin la recordaba como persona ensimismada y de poca apariencia, que siempre intentaba con desesperación educar a los niños de tal manera, que pudiera deshacerse de algo de su carga y generar algo de descanso. Intentó sin éxito educar a Martin a la limpieza cuando tenía ocho meses, porque la orina y las materias fecales representaban, para ella, todo lo asqueroso, despreciable y aquello que la esclavizaba. Volvió a intentarlo cuando él tenía dos años de edad, pero una vez más no tuvo éxito. Él se convirtió tempranamente, para ella, en una irritación crónica, en un recuerdo constante de su fracaso y su esclavitud, y ella se convirtió en lo mismo para él –un cañoneo de “Deja de hacer eso”, “Por qué no eres capaz de...”, “No podrías...” y “Cuándo finalmente podrás...” que chillaba y gritaba, un cañoneo que a menudo comenzaba en aquel momento en el cual ella lo divisaba.

La madre de Martin parecía vivir, para él, en el punto de intersección entre fatiga y retirada helada por un lado y actitud de reproche por el otro lado. Lo peor era su absoluta impredecibilidad. Él nunca podía estar seguro cuándo ella interrumpiría una conversación para golpearlo en la cara porque se movía demasiado o cuándo, en el automóvil, se daba vuelta para pegarle porque estaba haciendo demasiado ruido. Martin recordaba que su infancia era como la espera del sonido de una alarma para salir corriendo. Pero a veces su madre de pronto sonreía y sus ojos brillaban cuando él había hecho algo que realmente la alegraba. Entonces, de pronto podía vestirse sin protestar con la ropa que ella había escogido para él y mostrarle, de ese modo, que él se preocupaba de *ella* y no de los niños en la escuela que lo molestarían y humillarían. Entonces, no tenía que hacer tanto escándalo porque los pantalones eran demasiado ásperos

para sus piernas sensibles a la lana. Recordaba que ella resplandecía de orgullo cuando lo adornaba, lo arreglaba y le colocaba su uniforme para el desfile semanal frente a sus padres, esperando llamar la atención a través de él que ella nunca había sido capaz de despertar para sí misma. "Todo en este niño es lindo", solía decir su madre en esas ocasiones, "me lo podría comer."

Una vivencia distinta lo llevaba a una serenidad paradisiaca: ¡la alegre sonrisa en los ojos de su madre! A ella le encantaban las joyas, las pieles finas y la platería; esas cosas marcaban, para él, la diferencia entre el sentimiento de ser sostenido y el de ser abandonado. El único interés intensivo y continuo que él había observado en ella era el comprar. En esas situaciones, se vitalizaba y aparecía un brillo en su rostro, a no ser que él le estropeaba la compra al dejarla esperar cuando ella quería llevarlo consigo. Después de la compra, en casa él observaba cómo ella, transformada de modo mágico, exhibía los tesoros adquiridos y alababa sus adquisiciones frente a su padre.

La grandiosidad y la expansividad que fueron alimentadas cuando su madre se vanagloriaba con él le servían a Martin como importantes funciones de defensa y restitución. A veces, iba a su pieza para soñar allí, en su propio y protegido espacio, con el brillo y la gloria que facilitaban la sanación de su sentido destrozado y socavado del self. Estos sueños crearon un mundo en el cual él era capaz de todo, ganarse millones y ser reconocido para aparecer, acto seguido, triunfantemente ante sus padres y decirles cuán equivocados habían estado al explicar tantas veces que nada sería de él. Se imaginaba colocando sus tesoros a los pies de su madre y, con ello, haciendo desaparecer sus estados sombríos de ánimo y sus retiradas malhumoradas. De una vez por todas exigiría que se le devolviese su herencia al restituir el mundo de ellos que –esto le era comunicado a través de miles de gestos, cejas elevadas y comisuras decaídas de los labios de modo constante– había colapsado porque él había hecho o dejado de hacer algo.

Martin adquirió algunas características duraderas en la relación con su madre que también comenzaron a estructurar sus experiencias con el analista. Aprendió que el mantenerse lejos era el único medio seguro para protegerse. Desarrolló una ambición ardiente de hacerse muy rico para nunca volver a sentirse desamparado y sin poder evocar el brillo de la admiración que anhelaba sin cesar. Al mismo tiempo, demostraba una resistencia obstinada contra el hecho de tener que pagar por cualquier cosa, incluyendo su tratamiento. Cada cuenta de su analista era un angustioso y doloroso recordatorio de las limitaciones de esa relación y, en consecuencia, de sus propios límites. Para Martin, la cuenta del analista parecía confirmar un principio que empezó a dominar toda su vida interna –el que cada relación dependía de su comportamiento y que *tenía* que pagar para ser querido. De esta manera, el pago lo degradaba de

manera insoportable y él inventaba un sinnúmero de medios y vías para retrasar las cosas, para retardar los pagos, pagar en cuotas, pagar y no pagar al mismo tiempo.

La consecuencia quizás más dañina de la relación temprana de Martin con su madre era una restricción del desarrollo en el área de la diferenciación del self. No podía desarrollar una auto-definición positiva propia y su sentido del self se volvió completamente dependiente de la presencia de mujeres que lo admiraran y que reaccionaran frente a él en su ambiente. Por lo tanto, permaneció extremadamente vulnerable frente a los cambios de ánimo de sus parejas; éstos podían producir colapsos devastadores de su auto-estima. Esta vulnerabilidad extrema ya había tenido consecuencias catastróficas durante su infancia. Cuando estaba tendido solo en su cama, no era capaz de oponerse a las imágenes aplastantes en las cuales se experimentaba como malo, egoísta o impedido. Este concepto intersubjetivamente inducido de sí mismo yacía detrás de sus ataques nocturnos de miedo por los cuales sus padres debían consolarlo. Esta peculiaridad de su experiencia de sí mismo hizo aparición en el análisis cuando Martin habló de los dolorosos auto-reproches que acompañaban a toda derrota o decepción y que fundamentaban su insomnio prolongado y severo.

Como consecuencia de las insatisfactorias alternativas que Martin enfrentaba en la relación con su madre –vínculo o aislamiento–, se volcó hacia el padre, un hombre serio que trabajaba duro. Desde varios puntos de vista, su padre era poco común y ambos tenían una relación especial. Para Martin, él era una fuente continua de consuelo, sobre todo cuando Martin lo miraba y le pedía consejos. Pero el padre también podía cambiar su comportamiento súbita y impredeciblemente. No era capaz de soportar tener que ser testigo de algo que salía mal sin intentar volver a arreglarlo. Y para mucho de lo que salía mal veía como responsable a Martin. Culpaba a Martin, sobre todo, por los malos días de la madre. “¿Qué te pasa,” solía preguntarle su padre, “qué pasa contigo que no le haces caso a tu madre? Yo dormí en un sótano con ratas y amaba a mi madre, y tu madre tiene una casa tan linda, trabaja sin descanso por ti y tú no se lo agradeces.” Cuando se peleaba con su hermano, siendo el mayor, Martin era responsable de lo sucedido. Cuando le dolía el estómago, esto se debía a que “había comido toda esa basura.” Cada desviación en su comportamiento demostraba de nuevo que Martin no era un miembro de la familia –su pelo, su falta de respeto, su obstinación, su timidez y su propensión a las enfermedades. Martin tenía que hacer todo a la manera de él y su padre veía en él una amenaza a su poder y su paz de espíritu. La mayoría de las veces, el padre intentaba controlar a Martin a través de un sarcasmo aniquilador y una continua ridiculización. A veces iba más lejos y amenazaba con echar a Martin de la casa –con enviarlo a un hogar de menores o, más tarde, a una escuela militar. Una vez, su primo mayor fue

sorprendido ingiriendo drogas. "Si alguna vez sorprendo a uno de ustedes tomando drogas", explicó su padre de modo amenazante, "juro por Dios que les colocaré veneno en la comida. Y si caigo preso y me llevan a la silla eléctrica, me voy a morir contento porque seguí mi conciencia moral y liberé al mundo de un mal que yo mismo coloqué en él."

Incluso después de que se había establecido una relación transferencial estable, Martin siguió perdiendo sesiones. Durante un tiempo, Martin mostró una tendencia aún mayor a faltar a sus sesiones cuando una sesión anterior había sido, en comparación, especialmente productiva. Incluso necesitó más tiempo y espacio para eludir la creciente amenaza a sus límites que provenía de un mayor compromiso. Cuando Martin se volvía más seguro en la relación analítica, sentía con más fuerza cada disgusto del analista siempre que él se alejaba de las reglas que el analista, de acuerdo a sus convicciones, esperaba que él cumpliera. Debía dejar de "actuar", tener más comprensión para su mujer, ocuparse de sus hijos y llevar una "vida decente".

Un día, apareció bastante tarde en la consulta. Habló de su atraso, explicando que se había levantado a las seis de la mañana y que, por lo tanto, podría haberse duchado y haber llegado a la hora. Pero había estado cansado. Comentó una serie de sucesos que habían tenido lugar el día anterior que, según su entendimiento, había debilitado su sentido de sí mismo. Después de tales acontecimientos, siempre le resultaba muy difícil salir de la cama el próximo día. Era un peso para él y se tenía que concentrar en ello. Continuamente tenía que luchar contra su agotamiento.

Prosiguió afirmando que, con el analista, estaba reviviendo su infancia. Suponía que su ambición estaba ligada a las expectativas de su padre y que siempre sobre-exigía sus capacidades. Para sus padres, él era una constante decepción.

"Cuando tengo un día libre, me quedo en la cama. Leo. Como cuando quiero y después voy a una librería. Sólo quiero estar en la cama y no hacer nada de lo que se espera de mí. En la mañana, me encuentro en un estado similar al soñar en el cual me recupero de las exigencias que me han humillado y agotado. Cuando no duermo, me siento terrible. Nunca se me permitió quedarme en mi cama. '¿Por qué siempre estás cansado?', solía preguntar mi padre. Yo siempre estaba agotado y tenía la impresión de que había algo en mí que no estaba bien. Yo siempre estaba impulsado por reglas externas -llegar puntualmente al colegio, vestirme con la ropa que mis padres me prescribían. Yo quería decidir por mí mismo, pero mis padres siempre me apremiaban.

Mi atraso de hoy es un indicio de que continuamente fui asediado y subyugado, de que mi espacio vital fue vulnerado. El atraso es mi último sostén; es un medio desesperado que proviene de que se supone que me rija por un plan que no es mío, de acuerdo al cual se me paga y el que

debo soportar para poder vivir. El verdadero motivo es que me faltó un entorno en el cual podría haber desarrollado un sentimiento de seguridad respecto de mi propio tiempo y mi propio espacio. Si me hubiese defendido seriamente de las intervenciones de mi madre y de mi padre, podría haber sido echado, colocado en un hogar de menores o ser enviado, más tarde, a una escuela militar.

El atraso es mi incapacidad de dedicarme al próximo día porque he sido comprometido por obligación. Cada día sólo es una cadena interminable de obligaciones de las cuales cada una me prescribe lo que *debiera* hacer. He adoptado esta manera de vivir para sobrevivir. Pero, después, la supervivencia misma se convirtió en un valor dudoso."

El análisis subsiguiente estuvo marcado por periodos de participación regular en las sesiones, interrumpidos por otros periodos en los cuales Martin se ausentaba durante cinco o seis semanas. Con independencia de ello, se produjeron muchos cambios importantes. Uno fue el retorno de la amabilidad y la preocupación, que estaban ocultas detrás de su muro de defensa. Creció un interés por la expresión artística y poética y esto evocaba un sentimiento de tranquila alegría. Lentamente, Martin se volvió capaz de aceptar límites en sí mismo y en los demás. Las siguientes sesiones clarificaron lo que había significado la postura del analista para Martin. En el quinto año de análisis, después de haber sufrido un revés financiero severo, Martin abandonó el tratamiento y perdió alrededor de 25 sesiones. Cuando Martin volvió, el analista registró lo que sigue:

"Martin volvió esta semana después de una ausencia de seis semanas. En dos sesiones, contó algo de lo que le había impedido venir; a continuación, faltó a una sesión y después volvió una vez más. De entrada explicó que él quería que yo supiera cuán importante era para él volver después de tanto tiempo y ser saludado con una sonrisa y un gesto cálido. Todas las veces en las cuales, al volver, no se había sentido mal por no haber estado aquí habían dejado una impresión indeleble en él. Estas experiencias, por así decirlo, lo habían catapultado más allá de una jungla y lo habían ayudado a sentirse, de manera gradual, sanado y lleno de esperanzas. Y quería que yo supiera que esas interrupciones no eran reflejo de una restricción del tratamiento, sino una extensión de éste, tal como reconocía cada vez más; y una limitación en un self que se está volviendo sano y expansivo."

En las sesiones subsiguientes, Martin podía articular y reflejar preocupación, lo que automáticamente acompañó el desarrollo de un vínculo más firme con el analista. "Para mí", afirmó, "este vínculo con usted es como una muestra de tejido que le envió al laboratorio con la finalidad verificar si se ha desarrollado un tejido canceroso."

Mientras que el comportamiento distanciado y rebelde de Martin había caracterizado sus esfuerzos de diferenciarse del analista, al mismo

tiempo él había experimentado amenazada tal diferenciación del self a través de la relación transferencial. Temía que su percepción crítica del analista y sus reacciones afectivas respecto de él pudiesen provocar una separación infranqueable, tal como hemos descrito más arriba. Temores similares se encontraban en relación a la elección de sus parejas, a las fuentes de alegría e intereses estéticos y a metas e ideales que buscaba realizar. De modo continuo, verificaba el rostro y la postura del analista en busca de señales de intranquilidad o desaprobación siempre que él comentaba una acción o un pensamiento de los cuales creía que estaban en contradicción con aquellos que el analista esperaba de él. Estaba convencido de que el analista se sentiría afectado en términos de desventaja o desagrado por el éxito que Martin anhelaba y del cual se sentía capaz. Dijo un día, observando el rostro del analista:

“Sé que debería confiar en usted y, en este momento, me encantaría salir corriendo. Tengo la sensación de estar parado frente a una muralla de piedra y de no deber seguir adelante. Me pregunto, ‘¿Por qué quieres herir a este hombre?’ ‘Ha sido tan bueno contigo, estando aquí todo el tiempo, ha sido tan complaciente cuando has tenido dificultades para pagar las cuentas, te ayuda a superar tu hipocondría. ¿Qué quieres de él?’ Necesito ser animado para seguir adelante, pero lo dirimimos ahora abiertamente, de una vez por todas, o siempre volverá a dejarse de lado.

No le creo. No le creo que desea ayudarme a hacer lo que yo quiero. No le creo que usted, cuando yo bajo de peso y me veo bien, no piensa en su propia juventud y en que no es un buen deportista. No creo que usted no está triste cuando yo estoy con una mujer bella y usted no; que usted, si yo tuviese diez millones de dólares y sólo trabajara tres días a la semana, se sentiría muy desilusionado respecto de su trabajo actual. Lo sé, porque veo que usted a veces está cansado y deprimido.”

Por medio de declaraciones sin tapujo como éstas se hizo posible hablar abiertamente sobre las diferentes facetas del desarrollo del self de Martin, sobre un desarrollo que había sido interrumpido y que se había vuelto conflictivo en alto grado. También se hizo posible iluminar el conflicto más fundamental en su omnipresencia –la convicción, marcadora de todos los niveles evolutivos, de que la dedicación empática de su entorno sólo podía ser obtenida por el precio de la alienación del núcleo afectivo de su self verdadero. El trabajo analítico se concentró cada vez más en explorar con el analista aquellas experiencias que mantenían viva esa convicción y en poner al descubierto los contextos evolutivos codificados que le concedían a ese principio organizador amarrado su carácter invariable y hasta entonces impronunciable.

Conclusión

Se requieren experiencias de tipo selfobjeto específicas y acordes a la maduración para mantener la capacidad de desarrollo de un self individual a lo largo de toda la vida. Los descarrilamientos patógenos de ese proceso evolutivo se producen en situaciones intersubjetivas, en las cuales estados afectivos centrales que acompañan la diferenciación del self no encuentran respuesta o son rechazados activamente de modo continuo. Con ello, se constituye un conflicto interno fundamental entre la exigencia de que el desarrollo del self tiene que estar adaptado a las necesidades de los padres y el principio básico de que el desarrollo del self debe tener sus raíces en un núcleo afectivo vital de sí mismo. Los pacientes comienzan su análisis con la esperanza de encontrar un contexto intersubjetivo en el cual tendencias bloqueadas hacia la diferenciación del self serán liberadas (el vínculo que libera) y con el miedo de que se repetirán con el analista las heridas de la vivencia de sí mismos provenientes de la infancia (el vínculo que ata). Tal como quedó claro en nuestro ejemplo clínico, en tales casos las resistencias paralizan los esfuerzos debilitados del paciente por auto-desplegarse y, de ese modo, para el proceso analítico y para el desarrollo del paciente es decisivo que se explore en detalle de qué manera el paciente experimenta al analista como amenaza a su self central.

Referencias

- Brandchaft, B. (1986). A case of "intractable" depression. Presentado en la Ninth Annual Conference on the Psychology of the Self, San Diego, California.
- Kohut, H. (1984). *How does analysis cure?* Chicago: University of Chicago Press.
- Mahler, M., Pine, F. & Bergmann, A. (1975). *Die psychische Geburt des Menschen*. Frankfurt am Main: Fischer.
- Stern, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books.